

nieblas no son tranquilas ni descansadas: *laborantes*: se trabaja, se padece, se fatiga, se gasta la salud y la vida, se está uno haciéndose á sí mismo continua violencia; ¿y todo para qué? para nada; para hallarse al cabo con las manos vacías: *nihil cepimus*. Nada para el cielo y para la eternidad; porque ¿de qué sirven para la otra vida todos esos trabajos emprendidos y devorados en servicio del mundo, y con el espíritu del mismo mundo? ¿de qué sirven esas eternas inquietudes, esos zelos devoradores, todos esos disgustos, único salario de un amo ingrato, duro y cruel? ¿ni de qué sirven tampoco esos estériles enfados, y aun arrepentimientos, frutos naturales de una vida mundana? De buena fe, aquellos que viven segun las máximas y el espíritu del mundo, ¿creen seriamente que tienen una vida cristiana? ¿Y no sería burlarse de la religion si se creyese que para ser cristiano bastaba tener la fe del bautismo? Pero muchas veces, ¿y qué otra cosa mas tienen de cristianos esos enemigos de las máximas y del espíritu de Jesucristo? ¿esos hombres que huyen de los sacramentos, y no tienen mas parte en el convite del Señor que cuando, casi á su pesar, los llevan el Viático? ¿se puede decir que es cristiano, el que solamente lo es cuando recibe el bautismo, y solamente lo parece poco antes de morir? Pues tal es la vida de la mayor parte de los hombres del siglo. Pocos de ellos harán esta meditacion; mas no por eso es menos lastimosa su conducta, porque no por eso es menos culpable. Los que la hicieren no podrán menos de confesar, ó á lo menos de conocer la solidez y la verdad de todas estas reflexiones. Dichosos de ellos si se quisieren rendir á las saludables sollicitaciones de la gracia.

JACULATORIAS. — Sí, mi Dios, todos sabemos que somos hijos vuestros, y no ignoramos tampoco que el espíritu maligno se ha apoderado de todo el mundo. (*Joan. 5.*)

Sí, mi Dios y mi Señor, en el mundo no encontré mas que maldades y contradicciones; y sobre eso muchos trabajos, muchas fatigas y muchos pecados. (*Psalm. 54.*)

PROPOSITOS.

1 El espíritu del mundo en todo se introduce, y donde está introducido reina la iniquidad, la turbacion y la afliccion de espíritu. Aun esos lugares santos, desviados del tumulto, que eran hasta aquí el asilo de la tranquilidad y de la inocencia, los ha forzado, por decirlo así, este enemigo de la salvacion. Pe-

netró el contagio hasta los claustros religiosos; y con él penetraron tambien aquellos desórdenes, que se creia no poderse encontrar sino en el siglo. El espíritu de ociosidad, de tibieza, de inmortificacion, de relajacion, de delicadeza y de regalo se insinuó hasta en el mismo desierto: mézclase alguna vez el demonio entre los mismos hijos de Dios, y de aquí nacen aquellos tristes ejemplos. Examinate hoy si acaso estás tocado de este contagioso mal: mira si te anima el espíritu de observancia, de mortificacion y de devocion. En caso de encontrar alguna relajacion en tu conducta, alguna alteracion en tus antiguas máximas, algun desmayo, tibieza, ó disgusto en tu corazon, acude sin dilacion al remedio, y destierra de tu corazon y de tu espíritu todo lo que tenga el carácter de espíritu maligno, volviendo á una vida fervorosa, mortificada, observante, y enteramente opuesta á la vida del mundo.

2 En todas tus empresas, en todo tu proceder y en todas tus acciones examina bien el espíritu que las anima: presto te le descubrirán tus mismas obras y tus propias máximas. Mira con horror la profanidad, la glotoneria, las diversiones puramente mundanas, el juego, los espectáculos, y todo lo que caracteriza á los hombres del mundo. Sé cristiano hasta en las diversiones; y en todo sea la piedad, la modestia y la mortificacion tu verdadero carácter.

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

EL GLORIOSO TRÁNSITO DE SAN JUAN, mártir, en Nicomedia; el cual viendo los crueles edictos que estaban fijados en la plaza contra los cristianos, ardiendo en zelo de la fe los quitó, y los hizo pedazos; y habiendo llegado la noticia de este hecho á los emperadores Diocleciano y Maximiano, que á la sazón se hallaban en aquella ciudad, lo mandaron atormentar con todo género de castigos; los cuales sufrió el glorioso varon con tanta alegría, que ni en la cara ni en el ánimo se le notó la mas leve señal de tristeza.

SAN EUPSICHIO, mártir, en Cesarea de Capadocia; el cual en tiempo del emperador Adriano siendo acusado de que era cristiano, fué llevado á la cárcel; poco despues le dieron libertad, y vendió su patrimonio, repartiendo una parte del precio á los pobres, y la otra á los que le habian acusado como á sus bienhechores; pero habiéndolo vuelto á prender, por sentencia del juez Sapricio fué descarnado y atravesado con una espada, y de esta suerte alcanzó la palma del martirio.

SAN SOZONTE, mártir, en Pompeyópolis ó Palesoli en Cilicia; el cual habiendo sido echado á una hoguera en el imperio de Maximiano, entregó su alma á Dios. (Era de Licaonia, y habiendo entrado en un templo gentilico de la ciudad de Pompeyópolis, se llevó una estatua de oro que en él habia, la deshizo, la vendió y distribuyó su producto á los pobres. Habiendo sido preso confesó el hecho, y fué condenado al martirio.)

SAN ANASTASIO, mártir, en Aquileya.

SANTA REGINA ó **REINA**, virgen y mártir, en la diócesi de Autun, la cual en tiempo del proconsul Olibrio, despues de ser atormentada con la prision, con el potro y con las planchas ardiendo, habiéndole cortado la cabeza voló al Esposo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN NEMORIO, diácono, y sus **COMPAÑEROS**, martirizados por Atila rey de los hunos, en Troyes.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN EVORCIO, obispo, en Orleans en Francia; el cual primeramente fué subdiácono de la Iglesia romana, y despues por disposicion divina y por la señal milagrosa de una paloma, fué hecho obispo de Orleans.

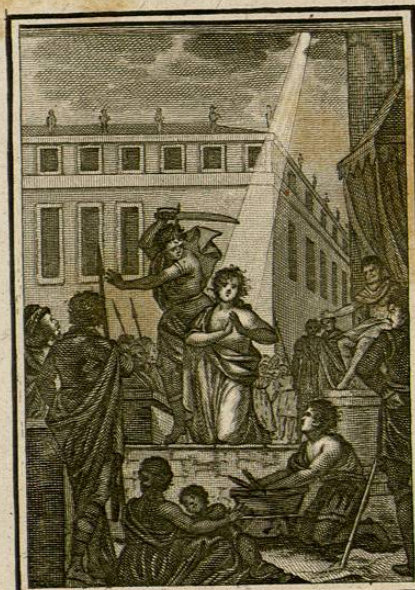
SAN AUGUSTAL, obispo y confesor, en Francia.

SAN PANFILO, obispo, en Capua.

SAN CLODOALDO ó **CLOUD**, presbítero y confesor, en territorio de Paris. (*Véase su historia en las de este día.*)

SANTA REGINA Ó REINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

TIÉNESE por cierto que la ciudad de Alisa, en el obispado de Autun, condado de Borgoña, ó de Alexia, en el país de Duenois, parte de la provincia de Auxois cerca de la ciudad de Flavigni, tan famosa en la historia por el sitio que la puso Julio César casi cincuenta y dos años antes del nacimiento de Cristo: tiénese por cierto, vuelvo á decir, que la ciudad de Alisa, hoy Alexia, fué patria de Sta. Regina, una de las mas ilustres mártires del tercer siglo. Nació por los años de 258, de padres tan distinguidos en el país por su nobleza, como por su ciega adhesion á las supersticiones de los gentiles. Pocos dias despues que nació, perdió á su madre; y su padre Clemente se vió precisado á darla á criar á una ama que por dicha era cristiana, sin que el padre, idólatra furioso y enrabiado, supiese palabra de esto. No hubo niña mas amable desde la misma cuna, por lo que el ama la cobró tanto amor como si fuera su hija; y la divina Providencia, que la habia escogido en medio del paganismo para confundir la idolatria, y para que triunfase la religion en una niña de diez y seis á diez y ocho años, dispuso encontrarse en su virtuosa ama todo cuanto habia menester para ser una cristiana fervorosa.



STA. REGINA V. Y M.



Las primeras lecciones que la dió fueron de la religion; y apenas sabia Regina esplicar su pensamiento con la lengua balbuciente, cuando decia que queria ser cristiana. Fué con efecto, porque el ama, despues de haberla instruido en los primeros principios de la religion, la hizo bautizar secretamente; y habiendo inamado con la leche las verdades del cristianismo, crecía en sabiduria y en virtud, al paso que iba creciendo en edad, siendo todo su gusto oír hablar del valor de la virginidad y de la gloria del martirio.

Habiéndola dotado el Señor de una rara hermosura y de un escelente entendimiento, desde luego comprendió que la virtud de la pureza, á que tenia tanto amor, era una flor que se marchitaba estando espuesta al grande aire del mundo, y que solo se conservaba á favor de la sombra y del retiro. Casi nunca se dejaba ver en público, pasando la mayor parte del dia en los oratorios secretos de los cristianos, y lo restante del tiempo recogida siempre en su cuarto. El que no empleaba en la oracion, lo empleaba leyendo las Actas de los mártires, sintiendo mas particular deleite en leer las victorias de las santas vírgenes que habian conseguido la palma del martirio; y abrasada toda en amor de Jesucristo, resolvió no admitir nunca á otro esposo, escogiendo por su madre á la Reina de las vírgenes. Dedicó, pues, á Dios con voto su virginidad desde sus mas tiernos años; y en medio de ser tan niña, tan tierna, y de una salud muy delicada, solo suspiraba ansiosamente por el martirio. Tenia gran cuidado de confirmarla en estos piadosos afectos su querida ama, instruyéndola en lo mas santo y en lo mas perfecto de la religion; y previendo que por su estremada hermosura estaba espuesta á sufrir grandes combates, la prevenia contra todos los lances que la podian suceder. Nunca mostraba Regina mayor resolucion que cuando la pintaban con viveza los mas espantosos suplicios y los mas crueles tormentos. *Ten por cierto, ama mia,* decia con tono firme y determinado, *ten por cierto, que con la gracia de mi divino Esposo ninguna cosa será capaz de espantarme; y que antes se cansarán los verdugos de atormentarme, que yo de padecer. No me abandonará, no, mi Señor Jesucristo, en quien tengo puesta toda mi confianza.* Derramaba la piadosa ama dulces lágrimas de gozo, de ternura y de consuelo al oír estas palabras; y abrazándola tiernamente, la decia: *Espero, hija mia, que no he de tardar mucho en verte hecha una ilustre virgen y mártir.* Verificóse muy presto este presentimiento ó vaticinio. Estaba su padre tan satisfecho de la señora en cuya casa se habia criado y educado su hijo, que no quiso sacarla de ella hasta que lle-

gase el caso de darla estado; y aunque corría algun rumor de que su hija era cristiana, no le pareció conveniente examinar á fondo la verdad, ó porque no la creía, ó por no verse precisado, si pasaban á-realidades las sospechas, á sacar á Regina de la casa donde estaba á pension, y acaso tambien á castigarla. Pero al fin, las ventajosas conveniencias que se la ofrecieron, pretendiéndola para esposa los primeros señores del país, obligaron á Clemente á proponerla aquella que le pareció mas rica, mas ilustre y de mayor esplendor, pasando á ser con ella la primera señora de Borgoña.

Oyó Regina con modestia la proposicion que la hizo su padre, y cuando llegó el caso de hablar, le respondió en tono firme, pero respetuoso: «Sé muy bien, padre y señor, el tierno amor que me profesais, y que en virtud de él, todo vuestro anhelo es hacerme dichosa, y con este mismo fin me proponeis esa rica conveniencia. Pero, señor, si se hallase otra que fuese mas ventajosa para mí, ¿no la abrazariais con gusto?—Sin duda, respondió el padre; pero hija, ¿qué otro partido hay en toda la provincia que pueda hacer ventajas al que te acabo de proponer?—El de ser cristiana, repuso la Santa, y tener eternamente por esposo al que es verdaderamente nuestro único Dios, nuestro Criador, nuestro Salvador y nuestro soberano Juez.—Pues qué, hija mia, exclamó el padre, ¿será posible que te hayan fascinado tanto, turbándote la razon de manera que te hayas resuelto á abrazar la extravagante secta de los cristianos! Ya me habian querido persuadir que habias dado en esas ridículas supersticiones; pero yo nunca pude creer de tu buen juicio semejante locura.—No teneis razon, replicó la hija, padre y señor, para darla ese nombre. Nunca tuve mas juicio, nunca fui mas prudente ni mas discreta que cuando logré la dicha de ser cristiana; y espero que vos mismo dejareis de ser pagano inmediatamente que os digneis prestar dóciles oídos á las verdades de nuestra religion.» El padre, ó fuese de indignacion, ó fuese de ternura, la volvió las espaldas; y al tiempo de irse la dijo en tono colérico: *Tú lo pensarás bien, y verás si quieres tenerme mas por tirano que por padre.* Luego que Regina se vió libre, voló á contar á su ama la conversacion que habia tenido con su padre; y abrazándola el ama estrechamente, la dió la enhorabuena de tan dichoso principio, y la exhortó á que se dispusiese con la oracion para el combate. Con efecto, irritado furiosamente el padre con la resolucion de la hija, la llamó, y comenzó á maltratarla despues de haber experimentado inútiles los halagos y las amenazas.

Por este tiempo llegó á Marsella Olibrio, gobernador de las Gaulas en el imperio de Decio, hácia el año 253; y pasando á Alexia, le informaron luego del lance que sucedia entre Regina y su padre. Quiso verla el gobernador por la relacion que le hicieron de su estremada hermosura y de las demás bellas prendas que la acompañaban. Presentóse Regina, y apenas la vió Olibrio cuando quedó enamorado de ella. Recibióla con respeto, y elogiando mucho su belleza, la declaró su pasion en términos que á cualquiera otra doncella la podrian hacer titubear; pero Regina, fijos siempre los ojos en el suelo, con vergonzosa modestia le respondió, que teniendo la dicha de ser cristiana, habia resuelto conservarse virgen hasta la muerte, prefiriendo la virginidad á todas las coronas de la tierra. No por eso desistió el gobernador; y continuando en sus tiernas halagüeñas espresiones, la despidió diciéndola que esperaba hallarla mas tratable el dia siguiente: *Mucho os engaña, señor, vuestro corazon,* respondió ella, *si os persuadís que pueda yo mudar nunca de resolucion: ni temo los tormentos, ni me hacen fuerza las promesas: mi partido está ya tomado; y así, tomad vos el vuestro.*

Habíala ya retirado á su casa el padre de la Santa; y habiéndose valido sin fruto de todos los artificios imaginables para pervertirla, echó mano de los mas duros tratamientos; pero como vió que nada adelantaba, él mismo, por una especie de desesperacion, la fué á delatar al gobernador de las Gaulas. Mandóla éste comparecer otra vez en su presencia, con resolucion de intimidarla, y aun de valerse de los tormentos para vencerla; pero sola su vista le desarmó, y le derritió el corazon. Hablóla en términos igualmente atentos, tiernos y respetuosos que la primera vez, aunque tomando despues un tono algo mas serio, la dijo: «¿Es posible, señora, que una doncella de vuestro espíritu, de vuestro mérito y de vuestra calidad, se abata, se envilezca tanto, que quiera ser sierva de un miserable galileo, muerto por sus delitos en un afrentoso madero, y fundador de una extravagante secta, que solo tiene por secuaces esclavos viles y miserables? Ten, hija mia, mas honrados pensamientos: yo estoy prendado de tí y no quiero reconocer otra esposa; dándome la mano, serás una de las primeras señoras del imperio.» Oia todas estas lisonjas nuestra Santa con la mayor indiferencia y frialdad; pero luego que acabó de hablar el gobernador, le respondió: «Señor, ese que llamais galileo es el verdadero Dios: él mismo escogió voluntariamente el género de muerte que padeció por nuestra salvacion: él mismo se resucitó por su propia virtud: los milagros que obró, y en los cuales convienen hasta los mis-

mos gentiles, prueban su omnipotencia y su divinidad. Estos mismos pensamientos que ahora mismo está inspirando á una tierna doncella, y el valor que me comunica para despreciar igualmente las mas lisonjeras esperanzas y los mas terribles tormentos, no son tampoco el menor de sus milagros.» Picóse el gobernador de esta respuesta, y la dijo: *Ya que mi bondad no te ha hecho fuerza, verémos si te hacen mas cuerda los suplicios;* y mandó al punto que la llevasen á la cárcel. No pudo Regina disimular su alegría, mostrándola en el semblante y en las palabras. Encerrada en el calabozo, pasó toda la noche en oracion, colmándola el Señor de consuelos celestiales, que la encendieron el fervor, y la inspiraron nuevo aliento, comenzando desde entonces á esperar que lograria la dicha de morir virgen y mártir.

No le sufrió el corazon á Olibrio el tenerla en la cárcel por mas tiempo. Su pasion condenaba su dureza, dándole esperanzas de que al cabo la venceria su ternura y su constancia. Mandóla, pues, traer á su presencia, y la habló con mas cariño, con mayor eficacia que nunca, suplicándola que no quisiese oponerse con obstinacion ni á su propia fortuna, ni á la mayor dicha del mismo Olibrio, sin omitir medio alguno de los que podian contrastar su firmeza. Agradecióle la Santa cortesadamente todas sus atentas y cariñosas espresiones; pero en punto de religion y de la resolucion en que estaba de no admitir jamás otro esposo que á su Dios, le habló en términos tan precisos, tan determinados y tan generosos, que salió fuera de sí el gobernador; y convirtiéndose en furor toda su amorosa pasion, mandó que la metiesen el cuerpo dentro de un arco de hierro, que se conserva el dia de hoy en el monasterio de Flavigni, el que estaba cerrado con un candado pendiente de una cadena del mismo metal, y la cadena prendida á la pared por uno y otro extremo. Tenia Olibrio que hacer un viaje á Alemania, y dejó orden para que en aquel mismo estado la mantuviesen en la cárcel hasta su vuelta, menos que renunciase la fe y abrazase la idolatría. Era verdaderamente cruel este nuevo suplicio, en el que estuvo la Santa cerca de un mes sin poder sentarse ni echarse, continuamente dia y noche en una postura tan incómoda, y padeciendo grandes combates por todo este largo tiempo. Su padre, sus parientes y todas las personas de distincion que habia en Alexia, acudian sin cesar á la cárcel, dando fuertes asaltos á su fe y á su heroica constancia; pero aquella tierna doncellita de quince años se mantuvo inmóvil; y tanto, que cuando Olibrio volvió de su viaje, no queria creer que perseverase en sus primeros propósitos, y la mandó

comparecer delante de sí. Luego que la vió, revivieron en su corazon el amor y la ternura, y la rogó, la solicitó y la conjuró por los mas fuertes motivos y respetos que renunciase la religion cristiana; pero experimentando inútiles todas sus tentativas, mandó que la tendiesen en el potro, que despedazasen á azotes su delicado cuerpo con ramales armados de puntas aceradas, y que la atormentasen con la mayor crueldad que fuese posible. Habia concurrido toda la ciudad á un espectáculo tan horroroso; y apenas vió la gente correr la sangre de aquel tierno y delicado cuerpo, cuando levantó de todas partes tales gritos y alaridos, que atemorizaron y aun enternecieron al tirano. Mandó cesar aquel granizo de azotes, y que volviesen á la cárcel á la Santa. Pasó en oracion toda la noche, y la consoló el Señor con una vision. Vió una cruz de prodigioso tamaño que llegaba de la tierra al cielo, y en lo mas elevado de ella una hermosísima paloma, cuyo resplandor y hermosura dispó luego toda la lobreguez del calabozo. Al mismo tiempo oyó una celestial voz que la decia: *Buen ánimo, digna esposa de Jesucristo; tu virginidad y tu paciencia te han merecido ya una corona que presto recibirás. La cruz te servirá de escala para subir á la gloria que ya tienes preparada.*

Luego que oyó Sta. Regina esta voz se la desvanecieron todos los dolores, y se sintió animada de cierto nuevo y mas vigoroso aliento. El dia siguiente, pareciéndole á Olibrio que era desaire y sonrojo suyo mostrarse vencido por una niña de quince años, mandó que aplicasen fuego á todas sus llagas, abrasándola con hachas encendidas, y para que le fuese mas sensible este tormento ordenó que la metiesen despues en una tinaja de agua fria. En ninguno de los tormentos sintió la Santa el mas leve dolor; y como el pueblo estuviese asombrado de su alegría y de su tranquilidad, no cesaba Regina de persuadirle que todo era efecto del poder del Dios de los cristianos, el cual convertia en delicias los mas espantosos y los mas horribles suplicios. Cuando estaba exhortando al pueblo á que se convirtiese, vió la misma paloma que habia visto en la cárcel, solo que ahora traia en el pico una preciosa corona que se la puso blandamente sobre la cabeza, y al mismo tiempo se oyó una milagrosa voz que decia: *Ven, Regina, ven á reinar eternamente en el cielo con tu divino Esposo, ven á recibir el inestimable premio debido á tu perseverancia.* Fué oida esta maravilla de todos los circunstantes, y se convirtieron ochocientas y cincuenta personas, cuyo suceso hizo temer al gobernador alguna sublevacion, y mandó que al punto la cortasen la cabeza. Así consumó su glorioso martirio es-

ta joven heroína cristiana el día 7 de setiembre hácia el año de 253 en el imperio de Decio.

Enterraron los cristianos su sagrado cuerpo en Alexia, donde estuvo oculto todo el tiempo que duró la persecucion; pero luego que gozó de paz la Iglesia, fué elevado de la tierra, y colocado en una rica caja. Edificóse al principio una capilla en su honor, y poco despues un monasterio, que poco á poco pasó á ser una pequeña villa con el nombre de Sta. Regina, por haberse multiplicado los edificios para recoger á los muchos que concurrían, atraídos de su devocion, para implorar la poderosa intercesion de la Santa en todo género de enfermedades. El abad Widrad, fundador del célebre monasterio de Flavigni, adornó y enriqueció mucho el sepulcro de Sta. Regina. El año de 864 Egil, abad de Flavigni, con permiso del rey Carlos el Calvo, y con licencia de Jonás, obispo de Autun, trasladó el santo cuerpo á la iglesia de su monasterio con grande pompa y solemnidad: en ella es reverenciado hasta el día de hoy con prodigioso concurso de gentes, que acuden á implorar su intercesion.

EL BEATO MATEO DE AGRIGENTO.

NACIÓ este siervo de Dios en Agrigento, ciudad del ducado de Calabria, de padres nobles y ricos. Cierta autor dice que eran españoles. Dióle nuestro Señor buen entendimiento, y corazon de gran docilidad y muy amable. Ni en Agrigento, ni en Bolognia donde hizo admirable progreso en las ciencias humanas, ni en otro alguno de los pueblos donde estuvo en su juventud, se dejó llevar jamás de este oropel de la vanidad, ni de las otras artes con que el demonio tiene á tanta gente perdida. Todo el afán de nuestro Santo era como haria oracion, como sacaria provecho de los sermones, como adelantaria en la caridad. Florecia por aquellos tiempos el gran predicador S. Bernardino de Sena, cuyo zelo habia ayudado mucho á la reforma de las costumbres en aquellas regiones. En los sermones de este siervo de Dios se sintió llamado Mateo á la vida religiosa: el mismo S. Bernardino le dió el hábito de la orden de los Menores. Propúsose desde luego imitar el zelo y la caridad de su santo maestro: dióle el Señor un espíritu semejante al suyo, con él alternaba en el ministerio de la palabra, eran inseparables compañeros en esta conquista.

Sucedió por este tiempo que el rey D. Alonso el V de Aragon, movido de la grande opinion que tenia de S. Bernardino, á quien habia tratado en Nápoles, quiso que la exacta observancia de

esta orden que por zelo suyo se habia restablecido en aquel reino, se introdujese tambien en Valencia, Aragon y Cataluña. Escribió al Santo que le enviase para este fin frailes de espíritu y zelo como el caso lo pedia. No halló S. Bernardino otro mas á propósito que Fr. Mateo, el cual con su compañero Fr. Maestre fué en Valencia recibido de los reyes y de toda la ciudad con las demostraciones de veneracion y gozo que eran debidas al crédito de su virtud. Desde luego resolvieron los reyes D. Alonso y doña Maria su mujer, fundar fuera de la ciudad el convento llamado de Santa Maria de Jesus en el sitio donde estaba la ermita de san Cristóbal. Era esto por los años 1428. Comenzólo á labrar el beato Mateo. La ciudad ayudó para el principio de la fundacion con doscientos florines. Esta nueva empresa no detuvo en el siervo de Dios la carrera de su mision apostólica. Allí mismo predicaba con el zelo de siempre, veíanse frutos maravillosos de su fervor, oíanlo todos como apóstol y como ángel del cielo. Solo en un sermón del perdon de los enemigos, que predicó en el convento de san Francisco de la misma ciudad á presencia del virey, del gobernador y del ayuntamiento, se observó una extraordinaria conmocion en el auditorio, no se oían por todas partes sino suspiros y lloros y espresiones de muy vivo dolor: á voz en grito se perdonaron cincuenta y nueve homicidios en el mismo auditorio, firmándose el perdon con auto y escritura pública recibida por Jaime Fernando, escribano real, en 22 de febrero de 1428. Reprimió la licencia y liviandad de las mujeres perdidas, logrando que mientras él predicó, no se viese ni una siquiera por las calles, lo cual ponderan sus historiadores como cosa de grande estrañeza: á este tenor se vieron otros frutos de su caridad apostólica en la reforma general de Aragon. Además del convento de Santa Maria de Jesus, de donde han salido religiosos muy señalados en virtud y doctrina, fundó tambien otros en Alicante, Zaragoza y Barcelona.

En medio de tan loables tareas supo la persecucion que padecia S. Bernardino. Mostró desde luego deseo de volver allá para ayudar á su glorioso maestro en la buena causa que defendia. Resistieronlo con grande esfuerzo el rey D. Alonso y la ciudad de Valencia. Al cabo venció la constancia del siervo de Dios y el rey lo proveyó de todo lo necesario para su viaje, espidiendo al efecto la correspondiente cédula. A su llegada á Italia le diéron el obispado de Agrigento, el cual admitió por obediencia despues de haberlo renunciado muy de corazon. Habíase en gran manera relajado el clero de aquella diócesi: especialmente se arrojaban muchos al vicio de la simonia, por cuyo remedio habia ya trabajado con gran fervor antes de venir á España. Redobló ahora el esfuerzo por si

arrancaria esta mala yerba del campo que le habia mandado Dios cultivar. Volviéronse contra el labrador los árboles de cuya fecundidad se trataba. Acusáronle en Roma ante Eugenio IV de muy graves delitos. Decian que desparramaba malamente el patrimonio de los pobres, y que con falso zelo habia turbado la paz del clero y quitádole la buena opinion. Estos cargos iban vestidos con color de razon. Llamó el papa á nuestro Santo para que respondiese. Hizolo el buen obispo con la elocuencia de la verdad y con la libertad apostólica que es propia de los Santos. Mostró al mismo tiempo la verdadera causa de aquellas acusaciones, que era la ingratitud de sus súbditos al buen zelo con que procuraba él que no se los llevara el diablo. Tales cosas dijo que Eugenio edificado y compungido le dió gracias por su vigilancia pastoral y lo exhortó á que en lo porvenir no dejara á sol ni á sombra á los simoníacos. Los malos no se sosegaron con esto. Acusáronlo nuevamente; el papa se puso de parte de la razon, fomentando el zelo con que nuestro obispo á cara descubierta peleaba por la verdad y la santidad. Sin embargo el siervo de Dios viendo la ojeriza que le tenian los malos eclesiásticos, creyó que le era mejor, dejada la carga de este oficio, retirarse á su celda. El papa Eugenio IV condescendió con sus ruegos, y le admitió la renuncia. Gobernó su obispado poco mas de tres años.

Quiso retirarse al convento de Santa María de Jesus, que habia fundado él fuera de los muros de Palermo; mas no encontrando en aquella casa el recibimiento que debia esperar, lo que sin duda permitió Dios para acrisolar con esta nueva prueba la virtud de su siervo, fuése á la casa de los PP. Conventuales que estaba dentro de Palermo, y en ella fué recibido con los brazos abiertos como correspondia al mérito de su persona y á la alteza de su dignidad. Divulgóse luego la repulsa que Fr. Mateo padeció en el convento de Santa María de Jesus. El vicario provincial de la Observancia luego que supo esto vino á Palermo á ver si tenia remedio el caso, y suspendió de su oficio al prelado de aquella comunidad. El obispo oyó con gran mortificacion suya esta satisfaccion del vicario, alcanzó de él que perdonase á los culpados, y con la licencia de los PP. Conventuales volvió á su convento de la Observancia. En él pasó lo que le quedaba de vida: nunca dejó de predicar y confesar con el zelo de siempre. Habiéndole Dios enviado la última enfermedad, para que pudiese estar mejor asistido dentro de la ciudad lo pasaron á la enfermería de los PP. Conventuales. Agraváse la enfermedad, preparóse para la muerte con nuevo espíritu y fervor; recibió los sacramentos con devocion y lágrimas; y habiendo pedido con grande encarecimiento que lo

enterrasen en el convento de Santa María de Jesus, entregó su espíritu al Señor.

Muerto el siervo de Dios, los Conventuales favorecidos de la ciudad pretendian quedarse con sus reliquias. Los Observantes sacaron con violencia el cadáver, favoreciéndoles el cielo con una recia lluvia que descargó sobre los que intentaban seguir el féretro. Estaba incorrupto su cadáver en el año 1612 en que lo trasladaron del arca antigua de madera á un magnifico sepulcro. Tuvo culto público mas de doscientos cincuenta años. El sumo pontífice Pio VI lo colocó en el catálogo de los bienaventurados.

SAN CLODOALDO Ó SAN CLOUD, PRESBITERO Y CONFESOR.

ESTE Santo, llamado por los franceses *S. Cloud*, fué hijo de Clodomiro, rey de Orleans, hijo primogénito de Sta. Clotilde, y nació en el año de 522. Apenas contaba tres años cuando perdió á su padre, muerto en Borgoña, y quedó bajo la tutela de su santa abuela Clotilde, juntamente con sus dos hermanos Teobaldo y Guntero, en Paris. Preparábase la piadosa tutora para dar á sus nietos una educacion santa y digna de su nacimiento, cuando sus ambiciosos tíos los reyes de Paris y de Soissons, invadiendo los estados de Orleans, asesinaron con sus propias manos á sus dos sobrinos mayores hermanos de Clodoaldo, quien escapó de su furor por una especial providencia del cielo, y aquellos quedaron dueños del reino. El jóven príncipe se retiró entonces á la celda que habitaba cerca de Paris el piadoso solitario S. Severino, y allí aprendió tan pronto la verdadera ciencia de la salvacion, que, aun cuando tuvo muchas oportunidades de recobrar los estados de sus padres, él mismo se cortó el cabello, declarando con este acto que renunciaba al mundo y se consagraba á Dios. Esta victoria sobre sí mismo la sostuvo constantemente este príncipe con la humildad, mansedumbre y paciencia; con la austeridad de vida, vigilancia, continua oracion, y meditacion santa. Por este medio gozó en una estrecha celda de una paz que no podia ser interrumpida de las escenas de ambicion y vanidad, y un pobre sayal le daba mas satisfaccion que la púrpura mas rica; en su pecho y en su celda gozaba de cuanto podia apetecer en el mundo; y todos los dias daba mas gracias á Dios porque le habia sacado de Babilonia antes de ser infestado de su corrupcion.

Pasado algun tiempo, siendo para él ocasion de muchas turbaciones la inmediacion á Paris, dejó su primera morada y se retiró á Provenza, donde vivió desconocido por algunos años. Pero

sus virtudes y santidad le hicieron traicion, y viéndose agobiado de visitas y de admiradores, se volvió á París donde fué recibido con las mas inequívocas muestras de alegría. A solicitud del pueblo fué ordenado de presbítero por Eusebio obispo de París, en el año 551, y despues se retiró á un sitio sobre el Sena llamado entonces Nogent, y posteriormente S. Cloud, á dos leguas de la capital de Francia, donde erigió un monasterio. Reuniéronse en esta casa muchos hombres piadosos, que vivieron bajo su dirección, y á quienes alentaba el Santo en el camino de la virtud con sus instrucciones y con su ejemplo. Entonces fué cuando san Clodoaldo distribuyó todos sus bienes entre la Iglesia y los pobres. El Señor le llamó á la patria de los bienaventurados el dia 7 de setiembre del año de 560. El monasterio fué despues convertido en iglesia colegiata, donde se guardan sus reliquias, y el lugar es conocido por su nombre.

La misa es en honra de Sta. Regina, y la oracion la siguiente:

O Dios, que entre las otras maravillas de tu poder hiciste llevar la corona del martirio aun en el sexo mas frágil; concédenos la gracia de que, siguiendo el ejemplo de tu virgen y

mártir Sta. Regina, cuya fiesta celebramos, podamos caminar á tí por medio de su imitación. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 4 de la primera que escribió S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: Considerad vuestra vocacion, porque no la hicieron muchos sabios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; antes bien Dios eligió las cosas estultas del mundo para confundir á los sabios: y las cosas débiles del mundo eligió Dios para confundir las fuertes: y las cosas bastas del mundo y despreciables eligió Dios, y aquellas que

no son, para destruir las que son; á fin de que ningun viviente se glorie en presencia suya. Vosotros empero sois de él en Cristo Jesus, el cual ha sido hecho por Dios sabiduria para nosotros, y justicia, y santificación y redencion: por lo cual, segun lo que está escrito: El que se gloria, gloriase en el Señor.

REFLEXIONES.

Escogió Dios lo mas flaco del mundo para confundir á lo mas fuerte. Los caminos de Dios son esencialmente distintos de los nuestros. Nosotros pensamos, discurrimos y obramos como hombres; Dios piensa y obra como Dios. El hombre nunca obra con mayor prudencia en lo que emprende, que cuando halla conexión entre el fin que solicita, y los medios de que se vale. Dios nunca muestra mas lo que es, que cuando se sirve de unos medios totalmente contrarios á sus fines. Previendo el Señor, dice S. Agustín, que si convidára con su religion en primer lugar al senador, al poderoso, al orador, pudiera acaso decir: no me convida á mi, convida á mi dignidad, á mis riquezas, á mi elocuencia, dijo: Venid vosotros, pobres, porque vosotros nada sabeis, nada teneis; sois reputados en nada, y por lo mismo sois mas á propósito para que resplandezca mas en vosotros mi misericordia y mi poder, echando mano de vosotros para ganar á los grandes, para confundir á los sabios, y para convertir al mundo; ninguno me disputará la gloria de esta grande obra, ni se querrá levantar con ella. Parece que debia Dios hacer este milagro, ni tampoco podia hacer otro mayor ni mas visible. Doce pobres pescadores, y aun mas groseros y mas idiotas que pobres, fueron enviados á Roma, á Jerusalem y á Atenas para convertir á los judíos, á los griegos, á los romanos, y con ellos á todos los pueblos, á todas las mas bárbaras naciones. ¿Pudiera haber empresa, pudiera haber proyecto mas extravagante, mas insensato, mas quimérico, segun aquello que se llama buen juicio, razon natural, sindéresis y alcances de la prudencia humana? Ya si esos pobres hombres, aunque tan despreciables por su nacimiento, por su figura y por su groseria, fueran siquiera á predicar una nueva religion que en nada fuese superior á las luces de la razon natural, una doctrina acomodada al gusto de los sentidos, que lisonjeara á la carne, y se aviniese bien con las pasiones y con el amor propio, adelante; aunque todavía no dejaría de parecer risible, y tenerse por extravagante el intento de los doce infelices pescadores. ¿Quién no se reiria de que unos hombres de este carácter emprendiesen reformar al mundo, hacerle mudar de semblante, é introducir en él una nueva religion, fuese la que fuese? Así discurriría la prudencia humana; pero son tan escasas sus luces como limitado su poder. Pues reconozcamos ya visiblemente el dedo de Dios en esta maravilla. Esos doce idiotas emprenden hacer adorar como único verdade-